

Sesión necrológica

## Necrología del doctor don Miguel Fargas y Roca

(DISCURSO LEÍDO POR EL DOCTOR DON SALVADOR CARDENAL)

EXCELENTÍSIMO SEÑOR,  
SEÑORES ACADÉMICOS,  
SEÑORES:

Me temo que la Real Academia de Medicina ha estado poco acertada en la elección, al designarme a mí para redactar la oración necrológica que dedica a la memoria del que fué nuestro ilustre Presidente y queridísimo amigo, el doctor don Miguel Fargas y Roca, si deseaba para ello una exposición florida y encomiástica como las que está acostumbrada a oír... Pero la personalidad del doctor Fargas fué de tan notable y vigoroso relieve, que creo no hará falta, para honrar su memoria, marco dorado ni corona de flores, que al fin y al cabo sólo duran un día, y que yo no sé fabricar, y que bastará, en cambio, exponer sencilla y honradamente y hacer resaltar los hechos más culminantes de los muchos que imprimen carácter especial y hacen imperecedero el recuerdo de su alta personalidad... y aun esto, más para los que no han tenido el honor de conocerle y de tratarle de cerca, que para los que, como nosotros todos, pudieron apreciar por sí mismos su excepcional valía.

Va a cumplir pronto un año que, saliendo una noche de la sesión quincenal de la Real Academia en compañía del actual Presidente, y comentando con tristeza el reciente fallecimiento de nuestro inolvidable Secretario perpetuo doctor Comenge, y afligidos por las repetidas pérdidas de queridos consocios sufridas en breve tiempo por la Corporación, nos despedimos del doctor Fargas en la plaza del Beato Oriol, diciendo: «¡A ver a quien de nosotros le toca ahora el turno de dejar la otra vacante!»... Y a los pocos días caía sobre todos, como pesada maza de Fraga, la fatal noticia de la muerte repentina de nuestro amigo... ¡Desde la muerte, también como la suya instantánea, del doctor Robert, no creo que haya ocurrido ninguna otra, en la clase médica, tan extensa e íntensamente sentida como la del doctor Fargas!

Y es que Fargas, señores, llegado al pináculo de sus más nobles aspiraciones profesionales y sociales, se hallaba precisamente en un período de su aprovechada vida y en un estado envidiable de ánimo, que obligaban a considerarle como una entidad de beneficiosa influencia y extraordinariamente útil a su país!

En efecto: así como muchos, ¿por qué no confesarlo?, llegamos a los últimos períodos de nuestra existencia más o menos satisfechos de haber cumplido profesional y socialmente nuestro estricto deber, pero desilusionados también por los muchos encantos perdidos, y cansados de luchar; Fargas ofrecía el raro fenómeno de todo lo contrario. Después de haber laborado tenazmente, y casi sin ayuda de nadie, para su propia instrucción primero, para su familia y para sus discípulos después, le había entrado una verdadera pasión, pasión nobilísima y rara, de hacerse útil de un modo directo a la comunidad, es decir, de ensanchar enormemente el campo de sus actividades, en beneficio, no ya de sus allegados más próximos, sino de toda la sociedad y, de un modo más inmediato y predilecto, de su *patria chica*... Y a pesar del escaso tiempo que la cruel guadaña le dejó disponible, esos esfuerzos altruistas dieron ya resultados, que, por sí solos, bastarían para dejar una memoria imperecedera de su original y vigorosa iniciativa. Sus esfuerzos en pro de la autonomía universitaria; la creación, aunque con la ayuda de poderosos y entusiastas amigos, pero muy principalmente obra suya, de la Sociedad «Radio-Barcelona»; su entusiasmo y colaboración en la industria electro-médica catalana; sus reformas en la organización de las Casas provinciales de Beneficencia; su proyecto grandioso de una Maternidad modelo; en que hallara verdadera y liberal protección, al par que esmerada asistencia, toda mujer en estado de gestación... todos esos proyectos, realizados unos y en vías de realización

los demás, bullían en su cerebro, con muchos otros que indudablemente hubieran ido sucediéndose, dada la verdadera pasión con que se sentía dispuesto a todos los esfuerzos y a todos los sacrificios.

Y todos esos proyectos no se reducían nunca a fugaces llamaradas de una imaginación meridional, como por desgracia abundan tanto en nuestra raza, sin resultado práctico probable, sino que surgían de su denso cerebro ya casi elaborados y, sobre todo, con el sello o marca de fábrica que constituía la cualidad dominante de Fargas, el sello del *buen sentido*.

Permitidme que insista en esa cualidad, que, en mi concepto, representa la superioridad personal de Fargas sobre la mayor parte de sus contemporáneos.

Se observa en la especie humana un buen número de individuos, dotados de talentos poderosos, en los cuales, como si existiera la hipertrofia de una región de su cerebro, en detrimento quizá de las demás, uno o varios de sus instrumentos intelectuales están dotados de mucha mayor potencia que los correspondientes de sus conciudadanos; a esos individuos se los califica, con razón, de eminencias, y a veces llegan hasta el genio... porque, indudablemente, en un terreno más o menos extenso de la humana potencia intelectual llegan a donde ni remotamente pueden llegar los demás... Pero observad la mayoría de esos talentos en el curso de su vida, registrad los actos de su intimidad, sus afirmaciones y negaciones, y hallaréis, si no siempre las más de las veces, la falta de un centro superior que dirija, administre y compenetre, equilibrándolas, las actividades de aquellos elementos intelectuales... y así, aquel pintor brillante, aquel poeta famoso, aquel enciclopedista estupendo o aquel pensador profundo, descubren a lo mejor, por inconcebibles dislates, la insuficiencia de otros mecanismos o centros intelectuales, distintos de aquel o aquellos por los cuales brillaron. Sólo así se concibe la existencia real de aquel físico de fama mundial que pretende y sostiene que se ha paseado del brazo de un espíritu hecho carne de mujer, y cortádole un rizo de sus cabellos; y la de aquel colega extraordinario, admirado por todos nosotros, que declara inmortales a las bacterias porque ante sus ojos mal dirigidos resisten al agua regia; como la del matemático de fama mundial que descubre y da a los cuatro vientos de la publicidad la supuesta existencia de un quemadero humano, sobre la fantástica base del hallazgo de una trenza de mujer... y tantos y tantos otros, a quienes un eximio talento no libra, antes bien parece hacer más fácil, la perpetración de verdaderas vulgaridades que merecen el nombre de *tonterías*. Poseen esos seres una verdadera exuberancia en algunas de sus funciones cerebrales o anímicas; pero les falta el regulador sintético que forma el *juicio*, la facultad de apreciación exacta y de compensación de los propios productos de su pensamiento, que constituye en definitiva el *criterio*, y que traducido al lenguaje vulgar equivale al llamado «buen sentido», «sentido común» o «sentido de hacerse cargo».

¡Esa era la cualidad maestra y dominante de la inteligencia de Fargas!

Fargas podía equivocarse; podía, como todo ser humano, padecer y hasta cometer un error; pero no podía hacer una *tontería*. La expresión podrá pareceros vulgar; pero como se trata de una vulgaridad, resulta la más exacta y expresiva en mi concepto; y ya os he advertido, al empezar, que no iba a ofreceros un ramillete de flores sino las ideas escuetas y desnudas, tal como creo resultan la más clara expresión de los hechos. Fargas no podía hacer una tontería y estoy convencido de que no hizo una en toda su vida: ¿cuántos podremos o habrán podido decir otro tanto?

Y es porque Fargas poseía, a maravilla y en grado máximo, la aptitud o la facultad de examinar desde arriba, desde el centro superior de la personal inteligencia, llámesele alma espiritual, llámesele centro X, más o menos afín al centro suprapentagonal de Grasset, todos y cada uno de los elementos que integran un sujeto de investigación o de raciocinio, sus lados favorables y adversos, sus antecedentes y consiguientes, y por eso no podía cogerle desprevenido, dentro de lo humano, ninguna contingencia que hubiera de sobrevenir.

Pero al lado de esa cualidad superior, de orden intelectual, Fargas tenía otra de orden moral, que le ponía a cubierto de muchas debilidades y flaquezas humanas; tenía una idea lo bastante elevada y exacta de su propia personalidad, para no poder aceptar nada que fuera o pudiera siquiera parecer vulgar, y mucho menos bajo o rastrero. ¡Cuántas veces, en los primeros tiempos de nuestras relaciones interprofesionales, la malevolencia, la envidia o el encono personal habían tratado de indisponernos, con insinuaciones malévolas de actos incorrectos o deprimentes! Siempre me limité a contestar lo siguiente, al que hacía de Yago profesional: «Fargas tiene demasiado orgullo (¡entiéndase bien: noble orgullo!) de su personalidad, para poder cometer una indignidad»... y el cultivo de la entrañable amistad que más tarde me unió a él no hizo sino demostrarme la exactitud de mis primeras apreciaciones de su carácter. Mas como la palabra orgullo no es interpretada por todos de la misma manera, y el primero que la define deplorablemente es el Diccionario de la Academia, al considerarla como sinónima de vanidad, que es todo lo contrario, permitidme, aunque sea una pequeña digresión, que deje bien sentado lo que entiendo, y creo debe entenderse, por *orgullo*, y su diferenciación absoluta y esencial de la *vanidad* y de la *soberbia*.

*Orgullo* es la satisfacción íntima resultante de la exacta apreciación del propio valer o de la posesión de una o más cualidades, y el deseo legítimo y honrado, sin *ostentación exterior*, de ser respetado por ellas en lo que valen.

*Vanidad* es todo lo contrario: es el deseo o apetito desordenado de excitar, por la exhibición exterior, la admiración de los demás, no por lo que se es o se vale en sí, sino por lo que se aparenta ser o por el oropel exterior con que se cubre el escaso valer.

La diferencia resulta esencial: el orgullo lleva consigo la idea de verdad; con la vanidad va indefectiblemente el engaño. La vanidad puede y suele hacer cometer bajezas, para mantener viva la ficción; el orgullo lleva consigo la idea del *honor*, y el honor nos impulsa a hacer más de lo que es nuestro estricto deber, para aumentar nuestros derechos al respeto de los demás. El orgullo y el honor hacen imposible la comisión de todo acto indigno o vulgar.

Cabe el *orgullo de la honradez*, como el orgullo de la *castidad* y hasta el orgullo de la *modestia*, como cabe el orgullo de la *fuerza*, el de la *inteligencia* y el de la *voluntad*; pero el orgullo y el honor desaparecen ante un hecho cualquiera que nos rebaje a nuestros propios ojos, o si lo queréis en otras palabras, ante nuestra propia *conciencia*. Y no creáis que estas apreciaciones son puramente mías: ya las de nuestro antiguo maestro Magaz eran muy afines a ellas, y una autoridad nada sospechosa de heterodoxia, nada menos que Chateaubriand, dice: «El orgullo es el noble sentimiento de la propia dignidad personal, que aleja y hace imposible toda acción vergonzosa.»

*Soberbia*, en fin, es la exageración y desviación desatentada o patológica del orgullo, por la exagerada apreciación del propio valer, que lleva a la manifestación incongruente de creerse superior en todo a los demás.

Fijada así la significación de los términos, puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que Fargas tenía todos los motivos, por la exacta apreciación de su juicio interno, para sentir ese noble orgullo, acicate especial de las grandes acciones; lo cual unido a las cualidades excepcionales de su criterio en la apreciación de los hechos y de las ideas, y a su temperamento esencialmente *individualista*, constituía la característica de su original y potente personalidad. Esa característica le alejaba tanto de la hueca vanidad de los unos, como de la absurda soberbia de los otros, manteniéndole siempre en un terreno estable y perfectamente equilibrado; en el cual el movimiento de avance no era nunca a saltos, ni por esfuerzos atáxicos, sino el resultado del cronométrico modo de funcionar de su envidiable inteligencia. Ni siquiera los efluvios de la imaginación, que a tantos sólo sirve de estorbo para el buen sentido (hasta haber merecido el calificativo de «loca de la casa») tenían en su excelente juicio la menor influencia.

Seguid paso a paso la evolución de nuestro amigo, desde que abandonó los bancos de la Escuela hasta el último día de su fructuosa vida, y en todos sus actos veréis el resultado de esa extraña y exacta ponderación de sus aptitudes, administrada por una voluntad de hierro. Permitidme recordaros aquí lo que dije ante vosotros, desde este mismo sitio, cuando, en la memorable noche del 5 de julio de 1894, es decir, hace ya veintidós años, tuve el honor de recibir en vuestro nombre al que tomaba entonces el título de Académico:

«Si en mi alma hubiera cabido, un instante tan sólo, la envidia o el enojo por el mérito ajeno; si alguno en nuestro país hubiera podido despertar en mí el innoble reflejo que en algunos produce el bien del prójimo, y para el cual me creo desprovisto del centro reflector, hubiera sido seguramente Fargas.

»Cuando allá por el año 1882 acababa yo de lanzarme, después de algunos años de laborioso ejercicio de la Cirugía general, a la práctica de la gran Cirugía abdominal y abrigaba, aunque con un número todavía corto de laparotomías, cierta ilusión de ser el cirujano que había practicado entre nosotros el mayor número de ellas, y casi el único que llevaba a feliz término dichas operaciones, me dicen un día que un joven colega, acabado de salir de la Escuela de Medicina, donde no había visto prácticamente *nada* de la gran Cirugía ginecológica, acababa de inaugurar su carrera lanzándose a practicar una ovariectomía; y aun no repuesto del estupor de la sorpresa, sin saber todavía si calificar de audacia inconsciente o de manifestación legítima del conocimiento del propio valer el acto del joven rival, se repite el ensayo una y dos y más veces, con el mismo éxito que la primera. Yo no conocía a Fargas por aquellas fechas; pero gran entusiasta y apreciador de todas las positivas energías, pronto le juzgué sin verle, y el análisis verificado después de su valer, me ha confirmado plenamente en mis primeros juicios.

»Nos hallamos, señores, en una época de lucha encarnizada por la existencia: la necesidad apremiante en unos y la vanidad incorregible en los más, convierte muchas veces al hombre en temerario. Es incalculable el número de los ilusos que se creen aptos para todo, que juzgan resultado tan sólo de la fortuna y de la audacia la posición de los que van delante, y que no se enteran, ni quieren saber nunca, las obligaciones y quebrantos de una empresa cualquiera, sino sus beneficios y preeminencias.

En nuestro peculiar terreno de la Cirugía, como en muchos otros de la vida moderna, en la práctica financiera por ejemplo, vamos viendo cada día con mayor frecuencia los deplorables resultados de la audacia en nuestra actual generación, lanzándose a emprenderlo todo y queriendo entrar en el templo de la fortuna, de la reputación y de la gloria escalando sus ventanas, sin doblar antes la cerviz para pasar por su angosto portal ni subir antes sus empinados peldaños. Un número muy considerable de esos valientes se estrella en el camino, y como caen de más alto se hunden más profundamente en el polvo de donde no debieron salir. Mas, cuando un hombre dotado de facultades poderosas, y sobre todo de un regulador bien equilibrado, que es lo más raro, después de un concienzudo examen de sus medios y de sus recursos, se siente con bríos para lanzarse de golpe a lo que la mayoría de los que le han precedido han debido llegar por sus pasos contados, y cuando ese hombre, todavía susceptible de haberse equivocado en el recuento y valoración de sus propias fuerzas (ya que tan difícil es, aun con la mejor buena fe, esa auto-apreciación del propio valer); cuando ese hombre, repito, demuestra, no por un hecho efímero y casual, sino por la sucesión de todos sus actos, que no se ha equivocado en esa justipreciación de sus aptitudes, y que su fila es la primera y que en ella sólo le encaja el primer lugar; cuando los hechos se suceden en esta forma y, con su fuerza bruta pero irrefutable, tapan la boca de los malévolos y de los impotentes, la cuestión está juzgada: es preciso abrirle paso a toda costa, no hay más remedio que dejarle pasar al sitio que le corresponde y tanto peor para aquel a quien esto cause enojos. El que sienta dentro de su costillaje un corazón caliente y honrado y un alma bien templada, no deseará nunca que tropiece; le saludará a su paso, aun sin conocerle, como se saluda la gallarda e imponente forma de un tren en marcha, y solo ansiará colocarse a su lado si es posible, ya que es inútil tratar de adelantarse.

«Uno de esos hombres, señores, es el doctor Fargas, a quien me complazco en llamar desde aquí mi leal amigo y a quien la Academia debe considerar como una preciosa adquisición.

«Vedle, si no, primero, sin más recursos que su iniciativa y su poderosa voluntad, faltándole el campo operatorio, como a todo principiante, al salir de la Escuela, en que poder adiestrar las fuerzas de que se siente poseído, crear por sí mismo (y sólo apoyado por unos cuantos clarividentes amigos) ese campo, fundando un modesto dispensario particular; cuando nadie se atrevía a creer posible, ni menos durable, su existencia, añadirle luego un sencillito refugio para enfermos operados; y poco a poco ya, pero siempre avanzando, fundar más tarde una Clínica modelo en regla, extender su práctica a todo el campo de la moderna ginecología y coronar su obra llegando a los treinta y cinco años al que podríamos llamar pináculo de la carrera, que tantos hemos deseado y tan pocos conseguido como él: a una cátedra merecida, donde desarrollar y hacer reproducibles las semillas por él sembradas y por él mismo cultivadas.

«Porque habéis de tener en cuenta, señores, que el doctor Fargas es exclusivamente hijo de sus obras: nadie puede decir que le ha enseñado, ni siquiera inspirado lo que ha hecho él solo. ¡Que cada uno se ponga la mano en el pecho y se diga lealmente si es capaz de otro tanto!

«Podría dar por terminada con esto mi presentación del nuevo Académico; pero antes de entrar a ocuparme, siquiera sea brevemente, de su trabajo, permitidme tan sólo cuatro palabras sobre una que, quizás jactanciosamente, llamaré mi doctrina humano-social. Nadie en el mundo es perfecto: todos poseemos, mezclados con nuestras cualidades, un número mayor o menor de defectos. La diferencia está tan solo en la relativa proporción entre las unas y los otros. Ahora bien, mi doctrina es esta: el hombre que no tiene cualidad ninguna que le distinga, y existen por desgracia ejemplares de este tipo, no tiene derecho a tener defectos, o por lo menos a que sus semejantes se los toleren. Cada cualidad de primer orden, que constituye el haber de un ser humano, le da derecho al respeto de sus conciudadanos y al descuento de un *tantum* (os permito que fijéis ese *tantum*) de defectos, imperfecciones y flaquezas... Si el doctor Fargas tiene alguna, y conste que yo no se las conozco, pero no soy quizá bastante imparcial para ello, si el doctor Fargas tiene alguna, repito, y con esto me dirijo a los que queriéndole menos bien las mirarán con lente de aumento, colocad en el otro plato de la balanza sus méritos de primer orden y veréis a donde va a parar el fiel del aparato. Y ante esa demostración, que me atrevería a llamar física, que sus enemigos si los tiene, le respeten como se merece, ya que no tengan la suerte de quererle. Yo de mí sé decir que si algo bueno he hecho en el mundo desde que lo habito (y ya va haciendo más años de la cuenta...—y desde entonces han pasado otros veintidós—) ha sido, en primer lugar, por el placer de hacerlo, y en segundo con la esperanza de un moderado descuento en el cambio y justipreciación de mis culpas e insuficiencias, que por desgracia son bastantes.»

Hasta aquí lo dicho por mí en 1894 y que suscribo hoy con la más profunda convicción.

Yo conocí y traté muy poco o nada a Fargas hasta el año 1890. En este año, la casualidad hizo que se asociara al doctor Robert y a mí para hacer juntos un largo viaje por Alemania. En la intimidad que crea esa vida en común de todos los instantes, la amistad de los tres se estrechó intensamente y a pesar de llevarme a mí Robert diez años, y yo seis a Fargas, no puedo menos de recordar, con ver-

daderno enternecimiento, las horas pasadas con aquellos dos eminentes y queridísimos amigos, que nadie era capaz de conocer a fondo sin haber gozado de esa profunda intimidad... Robert, más sencillo y transparente que un niño... Fargas, mucho más complicado pero igualmente abierto, en aquellas condiciones de vida en común, a todas las emociones del arte y a todos los sentimientos de confraternidad, y ellos y yo sintiéndonos rejuvenecidos y convertidos de nuevo, por la ilusión del medio ambiente, en verdaderos estudiantes, dispuestos a celebrar a cada momento con alegres expansiones los más sencillos incidentes de nuestro viaje. Todavía recuerdo con verdadero regocijo la escena que se desarrolló entre los tres cuando llegamos a Berlín, meta de nuestra excursión: nos pusimos al mismo tiempo a sacar nuestras respectivas cuentas, que yo había llevado en común hasta entonces, y nos hallamos, con la mayor estupefacción, que cada uno tenía más dinero que antes de salir de Barcelona! ¡Excuso deciros la brillante idea que nos dió a los tres de nuestros talentos matemáticos y económicos y lo que duró la broma hasta que conseguimos restablecer el equilibrio de nuestro fisco! ¡Recuerdos de días felices que pasaron para no volver, porque las afecciones que se pierden a cierta edad dejan un vacío que ya no puede llenarse con otras nuevas ni con nada! Pero dejemos ya esas impresiones íntimas del pasado, que regocijan sólo un instante y hacen ver luego más negro el porvenir que nos espera, y sigamos a Fargas en las restantes etapas de su vida, porque precisamente él tenía la extraña y envidiable cualidad del *optimismo*, y ni los años ni los sufrimientos físicos habían conseguido hacérsela perder.

En el *Curriculum vitae* que irá como apéndice al final de este trabajo, constará toda la historia académica del doctor Fargas, con cuyos detalles, de todos vosotros conocidos, no quiero cansar vuestra atención; pero que deben quedar registrados aquí para ejemplo de las generaciones venideras. En la descripción que a modo de semblanza me he prometido haceros de nuestro eminente colega, sólo quiero llamar vuestra atención sobre los rasgos característicos que le daban su poderoso relieve y fijar los hechos culminantes que jalonan el curso de su interesante historia.

Hasta aquí os he presentado a Fargas como hombre de estudio y de iniciativa; en su segunda época aparece el maestro.

Ya en 1898 los señores Coroleu y Soler publicaron unos interesantes apuntes estenográficos tomados de las lecciones de su maestro; pero fué en 1903 cuando el doctor Fargas, después de brillante ejercicio de toda la ginecología durante más de veinte años, y sobre una experiencia basada en 18,000 casos de la especialidad, publicó su magistral «Tratado de Ginecología» en dos nutridos y espléndidos volúmenes, que se agotaron al [poco tiempo e hicieron necesaria una segunda edición, corregida y aumentada, a los tres años.

El Tratado de Ginecología de Fargas reúne todas las condiciones de una verdadera *obra clásica nacional*. En ella se halla representado el estado de la ginecología en la época de su aparición, visto, vivido, madurado, juzgado y expuesto por la especial inteligencia que antes os he descrito, es decir, con el criterio eminentemente práctico, genuinamente sintético, sin exageraciones de progresismo ni rémoras de atraso; en una palabra, con aquella clarividencia de todos los detalles y juiciosísimo criterio de conjunto que constituía el sello perpetuo de todas las producciones del autor.

La publicación de esa obra, que quedará definitivamente como el primer tratado clásico (y hasta ahora el único) de ginecología española, representa un esfuerzo colosal, que sólo puede apreciar en todo su alcance el que haya tratado de hacer otro tanto en cualquiera de las múltiples ramas de nuestra profesión, con la carencia absoluta de colaboración que se sufre en nuestro pésimamente organizado régimen intelectual, donde mejor podemos decir que no existe organización ni disciplina ninguna.

En otros países, el jefe de un servicio cualquiera, ya sea de clínica, de investigación científica o industrial, tiene siempre a su disposición un personal subalterno, dotado de todas las energías, dueño de todo su tiempo y surtido de todo el material auxiliar necesario, con cuyo concurso, los grandes escritores profesionales hallan hecho todo el trabajo de recopilación, ilustración, comprobación y casi de redacción, necesitando tan sólo la autoridad del autor, dar el impulso, dirigir los trabajos e imponer su criterio. En nuestro país, el autor que emprende una empresa de esta magnitud ha de hacérselo todo, *absolutamente todo*, desde la adquisición, por su cuenta, de obras, folletos y Revistas para conocer lo publicado anteriormente sobre el particular (de que carecen nuestras vetustas o exhaustas bibliotecas) hasta la redacción de sus historias clínicas, la recopilación de las conclusiones que de ellas se deducen, las comprobaciones de laboratorio, la resolución de las dudas en ciencias auxiliares, etc. etc. De aquí el esfuerzo gigantesco que requiere la composición de un libro de esa clase, esfuerzo que deja agotado al más resistente, y el temor de no poder llevarlo a término, que hace desistir a muchos de la empresa, si no llevan en sí el nervio y la inagotable energía de nuestro llorado amigo. De aquí, por consiguiente, que existan en España tan escasísimas obras que, por lo menos en las distintas ramas del saber que nos son familiares, representen toda una época y una personalidad, como la Ginecología del doctor Fargas.

¡Ved si no, si existen muchas, ni siquiera pocas, no sé si ninguna, que represente en cualquier otra especialidad (como no sea la del doctor Botey) lo que representa la de Fargas en la suya.»

La publicación del tratado de Ginecología constituye, pues, un segundo jalón, inmovible e imprecadero en la historia de nuestro malogrado consocio.

El tercero lo constituye la historia de su enfermedad y de su restablecimiento en el año 1910.

Hay pocas cosas en el mundo que abatan, tronchen e inutilicen las humanas energías como lo hace la enfermedad, y pocas que, como el sufrimiento físico, pongan a prueba el temple, la energía y la grandiosidad del alma humana. Ejemplos como el del admirable «Federico el Noble» (1) abundan muy poco; pero sin titubear podemos colocar a Fargas en la galería presidida por aquel magnánimo príncipe.

En la primavera de 1910, Fargas decidió pasar unos días de descanso y de reconstitución meta-sincrítica en el campo, donde solía hallar siempre nuevos rebrotes de vigorización que oponer al desgaste, a la fatiga y a los inevitables sinsabores de toda prolongada tarea profesional. Y cuando menos podía suponerse, cuando nada parecía hacer temer semejante ocurrencia, se vió repentinamente atacado de una dolencia de naturaleza esencialmente vascular o vasomotriz, pero que, por afectar centros de inervación importantes, dejando perfectamente intacta toda la substancia cortical de su cerebro; le sometió por algún tiempo a la peor y más cruel de las torturas, la del temor razonado y lógico de una posible impotencia física e intelectual. Yo de mí sé decir, que ignoro hasta donde llegaría mi valor ante un peligro eventual ordinario; pero puedo afirmar *a priori* que nada me aterra como el pensar en hallarme ante una situación de ese género, que considero cien veces peor que la misma muerte.

Pues bien, Fargas opuso a su cruel dolencia la ecuanimidad, el juicio tranquilo y el enérgico empeño de vivir y de curarse que ponía en todos los actos de su vida.

Nunca, en ningún momento de su enfermedad, flaqueó, ni siquiera se dió por afectada su inteligencia; pero el cuerpo tardó algún tanto en obedecer a los mandatos de la voluntad, y ese período fué, sin duda alguna, el más amargo de toda su vida. Pero lo venció, lo dominó por completo, y salió de él yo creo con más vigor intelectual todavía y más y mejor educada voluntad que nunca. La Real Academia quiso entonces contribuir con sus votos a la confirmación pública de su restablecimiento, elevándole por votación unánime a la Presidencia, que ocupó con la brillantez que todos sabéis, durante cuatro años consecutivos.

Pero era condición indispensable, para la completa reconstitución de su personalidad, la continuación de todas sus actividades profesionales, y yo recuerdo los temores que, en nuestra intimidad, me había manifestado, de no poder dominar tal vez todas sus energías físicas en los primeros intentos operatorios. Todos conocéis más o menos la dosis de energía y de integridad física e intelectual que es indispensable para el ejercicio de la alta Cirugía. Claro está que el hábito y la gran experiencia de Fargas, en su especialidad quirúrgica, habían de hacerle suficientemente capaz de llevar a feliz término la intervención más complicada, aun privado de parte de sus energías físicas, indispensables a cualquier otro que no fuera él; pero su conciencia quisquillosa y su noble orgullo no le permitían intentar nada que pudiera no resultar perfecto... y esos escrúpulos le hicieron naturalmente retardar algún tanto sus primeras tentativas quirúrgicas en ese período de su restablecimiento. A tal punto llegaron sus escrúpulos en ese terreno, que yo hube de ofrecerme a permanecer oculto y como de reserva, en una dependencia próxima cualquiera de su Sala de operaciones durante su primera gran intervención quirúrgica, para darle así la seguridad de que, si en un momento dado sentía flaquear sus fuerzas o se hacía necesaria su substitución, se verificaría ésta sin el menor tropiezo y sin apercibimiento de nadie, asegurándole así la tranquilidad necesaria a su honradez profesional. El noble amigo aceptó en principio mi modesto ofrecimiento y lo agradeció en más de lo que valía; pero no llegó el caso de tener que hacer uso de él: sus fuerzas se fueron restableciendo rápidamente a partir de aquel momento y bajo la poderosa dirección de su inteligencia, que nunca había estado más despierta, y de su enérgica voluntad, incubada y cultivada todavía más durante el forzoso paro sufrido, reapareció el Fargas de siempre, completo y entero, tanto para la elaboración de sus juicios y apreciaciones clínicas, como para la realización de todos los actos quirúrgicos, desde los más finos y delicados hasta los que requieren mayor desarrollo de fuerza y energía. Fargas ha seguido siendo, durante los últimos cinco años de su vida, el mismo maestro de siempre, mejorado si cabe por la madurez del juicio y por el entusiasmo altruista a que he hecho referencia al principio de este trabajo. ¡No parecía sino que temiera que pudiera faltarle el tiempo para realizar todas las cosas buenas y útiles que tenía en proyecto y el deseo de llevar a cabo, tal era su actividad durante esos últimos cinco años de su vida! Yo que me hallaba precisamente, durante los tres últimos, en un período de profunda depresión moral,

(1) THE FATAL ILLNESS OF FREDERICK THE NOBLE by Sir Morell Mackenzie.—London, 1888.

no podía menos de admirar más cada día la especie de renacimiento vigoroso que la pasada adversidad había producido en aquel hombre excepcional, y el optimismo inalterable que presidía a todos sus actos y constituía el nervio de todos sus proyectos.

Y así, en ese estado perfecto de ánimo y de cuerpo, le sorprendió la muerte, aunque cruelmente prematura, para sentida por todos nosotros y por su amantísima familia, al fin benigna con él, porque le ahorró por completo los sufrimientos morales que le hubieran torturado a tener que pasar por un período de decadencia física precursora del fin. ¡Bien haya la muerte si viene a nosotros derecha y en campo abierto, expeditiva y sin el deprimente y degradante acompañamiento de larga y demoledora enfermedad! Fargas ha desaparecido de nuestro lado y de su hogar, donde era todavía querido y necesario: es evidente que hubiera podido y debiera haber vivido todavía muchos años para satisfacción de todos y utilidad de muchos; pero en cambio el recuerdo que nos ha dejado es el de un hombre entero, con una intelectualidad en todo su vigor y tras la cual queda un vacío imposible de llenar por mucho tiempo. Claro está que bajo el punto de vista utilitario y social y en el concepto afectivo, la desgracia y la pérdida es enorme; pero para mí que creo que hasta en la muerte existe cierto grado de coquetería honesta, ese recuerdo es mucho más grato y envidiable que el que deja el que, llegado a una edad decrepita, disfuma, con la inutilidad de sus últimos años, los acentuados rasgos de su personalidad en la época media de sus máximas potencias y aptitudes. Yo no quisiera, lo confieso, y tal vez sea una debilidad, llegar, a fuerza de años, a ese desmoronamiento que tantos consideran aceptable con tal de vivir, y puesto en la disyuntiva de morir pronto *entero* o vivir largos años decadente y decrepito, optaría sin titubear por lo primero, ya que esa es la única idea que todavía hoy me consuela de la pérdida de los seres más queridos que han desaparecido de mi lado en plena integridad orgánica y moral. Por eso desearía con toda mi alma poder transmitir esa idea a los demás y que consiguiera mitigar, en lo que cabe, la pena de su desolada familia y de sus numerosos amigos y admiradores.

Hasta aquí, señores, lo más culminante que tenía que recordaros de Fargas como hombre de estudio, como práctico, como maestro y como ejemplo humano de poderosa voluntad, digno de ser imitado por las venideras generaciones.

Pero resta todavía otro punto de vista, desde el cual podríamos ocuparnos de nuestro llorado amigo: el de su actuación como hombre público, es decir, como político. Me declaro incompetente del todo para juzgarle en ese terreno, y además se presta poco esta tribuna a consideraciones de un género en que es difícil que no aparezca por alguna parte la pasión o los sentimientos personales del comentarista.

Conforme, sin embargo, con el estudio fisis-psicológico que vengo haciendo de Fargas, sólo me permitiré afirmar que sus ideas y su actuación en la política me parecieron siempre hijas y consecuencia natural y lógica de su carácter esencialmente *individualista*. Fargas detestaba y se rebelaba siempre contra todo lo que, en cualquier terreno, lo mismo científico que práctico, lo mismo social que político, significaba o representaba imposición de mayoría numérica, de dogmatismo magistral, de tradición empírica, hegemonía gubernativa o gobierno central: por eso en su especialidad tóco-ginecológica había sido entusiasta especial de Semmelweis primero, de Lawson-Tait y de Doyen después, que fueron siempre impugnadores y luchadores contra lo dominante en su época, y por lo mismo, o por lo menos por el mismo mecanismo afectivo e intelectual, era partidario, casi sectario, de la autonomía de la «Patria chica», como lo era de la Universidad y como lo era de la cátedra.

Pero lo que resulta para mí de todos modos seguro es que, en cualquier campo abierto en que sus actividades hubieran hallado aplicación, llegado al terreno de los hechos, la inteligencia, y sobre todo la razón, que todo lo dominaba en él, se hubieran siempre sobrepuesto a toda pasión posible, lo mismo política que social o científica, porque, no me cansaré de repetirlo, lo que hacía a Fargas superior a la mayor parte de sus conciudadanos era el perfecto equilibrio de sus facultades, la apreciación exacta de las cosas, el dominio indiscutible y constante del juicio y de la razón.

Con todo lo expuesto creo poder dar por terminadas estas mal pergeñadas líneas con que he querido honrar, en vuestro nombre y en el mío, la memoria del amigo inolvidable y del hombre eminente. No se si él me oye en este momento... por ser la cuestión del *más allá* de la vida terrestre un oscuro caos, insoluble e incomprensible por completo para la inteligencia humana, que sólo consigue llenar los enormes vacíos de su impotencia, en ese terreno, con los consuelos de la Fe... Pero si es posible que el noble amigo que me honró con la más completa confianza y la más leal amistad pueda apreciar desde ultra-tumba nuestro modesto mortal homenaje, estoy seguro de que apreciará en su justo valor la intención, también leal y honrada, que ha inspirado estas líneas. Creo haber puesto en ellas la memoria de Fargas en la categoría que en estricta justicia le corresponde; no me remuerde la conciencia de haber elevado su valor en un quilate más de lo que él hubiera aceptado como, justo en su rectísimo juicio, ni de haber omitido ninguna de las excepcionales cualidades que le colocaban en el

alto nivel en que todos le admiramos. ¡Ya que desapareció para siempre del mundo de los vivos, que su memoria sirva de vigoroso ejemplo a la juventud de nuestras Escuelas, demostrando todo lo que puede por sí sola una voluntad bien dirigida, sin necesidad del apoyo de indignas o relajantes protecciones!

Entre su dignísima y desolada familia, a la cual me complazco en tributar desde este sitio, en vuestro nombre y en el mío, mi más respetuoso homenaje y mis más sentidas condolencias, existe un hijo varón, que todo induce a creer y esperar que ha heredado ya en parte las energías de su padre, al verle realizar, a pesar de su extremada juventud, el rasgo gallardo de sostener en alto la fundación paterna. Con que ese hijo se acerque solo al que fué, habrá un motivo más de respeto y admiración para Fargas, ya que demostrará que cumplió también uno de los más sagrados deberes sociales, el de perpetuar la especie, creando a su vez nuevos ciudadanos útiles a sus semejantes, a la sociedad y a la patria!

En fin, señores, como complemento final de esta velada necrológica me permitiré solicitar de la Real Academia que el retrato del doctor Fargas figure lo más pronto posible al lado del de los tres eximios varones que actualmente honran ya este salón, para contribuir con ellos a la devota ilusión de que los tenemos todavía entre nosotros y de que nos animan a proseguir incansables en el cultivo de la Ciencia, del Honor y del Bien!

He dicho.

### CURRICULUM VITAE

Don Miguel Angel Fargas y Roca nació en Castelltersol el 8 de diciembre de 1858. Era hijo segundo de propietarios rurales. Cursó la segunda enseñanza en los Escolapios de Moyá, y la carrera de Medicina en Barcelona, con nota de sobresaliente en todas las asignaturas, premios por oposición y premio extraordinario de la Licenciatura. En 1883 fué nombrado, por oposición, Director de Museos anatómicos de la Facultad de Medicina de Barcelona, publicando poco después un opúsculo sobre «Anatomía de los centros nerviosos». En 1882 practicó la primera Laparotomía por un quiste ovárico, que curó sin contratiempo. En 1884 fundó la Clínica privada, que fué mejorando paulatinamente, desde dos camas con que contaba en la primitiva casa de la calle del Hospital, hasta el edificio actual, construido exprofeso para Clínica y capaz para 25 enfermos.

En 1893 ganó en reñidas oposiciones la cátedra de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Barcelona y en 1894 ingresó en la Real Academia de Medicina y Cirugía.

Había sido Presidente de la «Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de Cataluña» y lo fué durante cuatro años de «La Real Academia de Medicina y Cirugía». Presidente honorario de los Congresos internacionales de Obstetricia y Ginecología de Amsterdam y Roma y del XVII «Congreso francés de Cirugía». Presidente de la Sección de Obstetricia y Ginecología del primer Congreso español de la Tuberculosis. Presidente del primer Congreso español de Obstetricia, Ginecología y Pediatría y del «Primer Congrès de Metges de llengua catalana». Miembro honorario y corresponsal de varias sociedades extranjeras de Ginecología. Presidente de la Sección de Ciencias del «Institut d'estudis catalans», Miembro de la Junta Directiva de las Casas provinciales de Caridad y de Maternidad y Expósitos, donde había ingresado para fundar en Barcelona una nueva Maternidad, que, con el título de «Institució maternal catalana», debía figurar entre las mejores, etc., etc.

Tenía publicadas las siguientes obras:

*Anatomía de los centros nerviosos* (1882), *Primera serie de diez laparotomías* (1886), *El mejor procedimiento de Histerectomía abdominal total* (1889), *Anuario de la Clínica privada del doctor Fargas* (1893-1895-1898), *Consecuencias inmediatas de la laparotomía* (Discurso de ingreso en la Real Academia, 1894), *Ginecología artística y psicología científica* (1907), *La lucha contra el cáncer del útero* (1911), *Trascendencia social de la gonococcia* (1908), *Cirugía conservadora en las lesiones anexiales. Embarazo ectópico o extrauterino*. «TRATADO DE GINECOLOGÍA (1903 y 1906), dos tomos de más de 1300 páginas con 650 grabados, la mayor parte originales: dos ediciones, ambas agotadas. Numerosos artículos en distintas Revistas y comunicaciones a Academias y Congresos de Berlín, Roma, Moscou, Madrid, Ginebra, Amsterdam y Valencia. El discurso de contestación al nuevo Académico doctor Bartrina a su ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, sobre *Cirugía gástrica*, había sido su último trabajo.

Políticamente militaba en el campo regionalista, siendo en 1901, junto con el señor Ferrer y Vidal, fundador de la «Lliga Regionalista» bajo la presidencia del doctor Robert y quedando el doctor Fargas como vicepresidente. En 1914 fué elegido Senador por la provincia de Barcelona, defendiendo en el Senado la autonomía universitaria.

Falleció a consecuencia de una encéfalorragia el 22 de febrero de 1916.